

PASO

Frío. Sentía frío y rabia. Estaba allí aislada, y sólo podía acurrucarse contra el frío asfalto. Solamente veía oscuridad, y las luces de los coches a lo lejos. De cerca, los mismos coches cortaban el aire como flechas a pocos centímetros de ella, y la deslumbraban con sus focos.

Les gritaba, pero no le oían. No paraban y no la evitaban. Por eso sentía rabia. ¿Cómo podía ser que entre tanta gente nadie le ayudase, si les estaba hablando?

Ningún coche iba hacia el lugar de donde ella venía. Todos en dirección contraria, huían, pero ¿de qué?

Su gente no lo sabía aun, y eso la asustaba. Se puede olvidar un abrigo, un reloj, una tarea ... no una persona, pero así era. Nadie se acordaba de que no eran los únicos, por eso estaba allí sola, sin saber adónde ir o que hacer, ni si estaba ya viva o muerta, o si los suyos lo estaban.

Tampoco sabía de dónde podían haber llegado tantos vehículos, si en su pueblo sólo dos o tres personas tenían uno, y no como aquellos, tan relucientes; negros, azules o grises, todos ocultaban su interior con unos cristales oscuros en los que se veía reflejada unos segundos, los que cada coche tardaba en alejarse.

Allí en medio, se sentía además resignada, y como un granito de arena entre dos océanos que rugen. Seguro que venían de fuera, donde los ricos, pero no traían ayuda. Antes sí; venían unos pocos que les curaban y permanecían un tiempo, pero ya, desde hace años, no. Y se les terminaba el agua, y no llovía. Ya no podían oír la radio, ni apenas comer. A un lado y al otro, y donde quiera que mirase, desierto, plantas quemadas por el sol o por el fuego, desolación ... rocas.

¿De dónde venían tantos estúpidos? Ella esperaba y ciegamente confiaba en que los discursos de los que dirigían el país fuesen ciertos, en parte, pero no observaba nada de lo que aparecía en sus charlas de éxito y progreso. Sí en algunos

lugares, para algunos privilegiados. Para ella quedaban las sobras. Sufría más por los demás que por ella misma, porque quería yudar y le gustaba ver felicidad a su alrededor. Intentó de nuevo parar a alguien, que ni la vio desde su pesado vehículo todoterreno, y se retiró corriendo a su lugar, aunque allí tampoco se sentía a salvo. No tenía una tela para taparse excepto lo puesto y comenzaba a sentir el gélido aire nocturno del desierto. Pedía ayuda para su pueblo pero no entendía esos pitidos, ruidos, gritos, malas palabras y miradas por encima del hombro. Quien paraba lo hacía de mala gana y para gritarle. Extendía su mano para pedir socorro, y decía que tenía frío. Una nueva bocanada de frío aire maloliente era lo que recibía al arrancar de nuevo el coche.

A lo lejos, por donde vemos el futuro, le decían los mayores, tan solo contemplaba oscuridad a un lado, fuego rojo al otro, con un humo negro y espeso, el que el petróleo deja al quemarse.

Hoy eran ya cuatro años así; mañana podrían ser otros cuatro. Y aunque los días pasaban, todo continuaba igual para ella. Por un momento, casi olvidó el motivo que la llevó hasta allí. Ya se veía al este una bruma rosa bajo la luna, que indicaba el amanecer de otro día más.

Recordó entonces, entre los primeros rayos del sol, su pueblo en medio del desierto.

Recuerdos que creía haber guardado en lo más profundo de sí misma llegaban a su memoria como disparos de bala, y dolían.

Pero ahora no había un camino de regreso; ni siquiera tenía muy claro si quedaba algo a lo que regresar.

Ahora era cuando tenía que luchar por lo que quería. Debía llegar a la ciudad, de la que no tenía una imagen muy clara, para pedir ayuda. Alimentos, medicinas para los heridos... protección.

Una noche que parecía como todas las demás, y a la vez única, como lo son todas en el desierto, bombardearon su pueblo. Ella escapó asustada, sin noticias de los suyos, pero comprendió que si huía, debería hacerlo para ayudarles.

Caminó en línea recta, hasta que divisó algo a lo lejos, como un camino. Un paso hacía la ciudad. Ese algo resultó ser la carretera en la que ahora se hallaba atrapada y de la que no quería salir.

Por eso, se levantó de nuevo y caminó otra vez al frente, pensando que ya faltaba menos para llegar.

Durante mucho tiempo, tanto que no podía precisarlo, siguió avanzando por el paso entre los dos carriles de la carretera, con algo de esperanza que sacó de donde no había, y al fin dejó de ver un horizonte vacío. Ahora vislumbraba una pradera de casas con tejados de viejas chapas que trepaban por las montañas. La carretera se dividía en varias ramas, y dos túneles se tragaban a todos los vehículos que la dejaron atrás. Al frente quedaba un camino mucho más estrecho, pero igual de negro, y al final, tras una muralla gris, sobresalían altos edificios.

Ya casi estaba, pensó, ahora no debía rendirse. Eso era la entrada a la ciudad. Tomó el camino opuesto al de los coches, como hiciera anteriormente, que estaba vacío. Qué extraño lugar aquel. No solo no había coches... tampoco personas o animales. Ni siquiera cantaban los pájaros allí, a pesar de que los árboles, aunque marchitos, no faltaban. Todo permanecía en un mutismo alarmante. Dudaba si acercarse, si estaba aquello tan vacío como el desierto del que venía.

Se acercó, por fin, a una de aquellas casas con paredes de madera y el techo de remiendos de tela. Los restos de una huida apresurada se apreciaban: camas sin hacer, todo tirado por el suelo, una muñeca en un rincón, restos de comida en la mesa ... Entonces, no sólo su pueblo fue atacado. Cada vez más preocupada, examinó detenidamente aquel barrio, y pudo advertir que la mayoría de las casas no eran más que un montón de chatarra oxidada; ruinas, unas quemadas por dentro y otras incluso tenían orificios de balas en sus débiles paredes. Se levantó de repente la arena en el aire y comenzó a soplar con fuerza el viento. A su paso, arrancaba la cubierta de muchas de aquellas casas llevando consigo un mar de plásticos de muchos colores, y telas tan sucias como la basura.

Desesperada, siguió el camino con el viento a sus espaldas. No era corto; tampoco muy largo comparado con lo que había recorrido hasta ahora, y sólo esperaba que su raído velo aguantase un poco más la ventisca que soplaba y traía una arena que nublaba la vista.

Un foso vacío separaba sus pies del muro, que ahora parecía mucho más alto. Tres metros de imponente hormigón que resistían al empuje de la ventisca como si nada.

Detrás de ellos, todo parecía mejor. Consiguió saltar el foso, y por una minúscula rendija, la única que no había sido sellada con plomo fundido, miró al otro lado. Allí, donde la ventisca no llegaba, la hierba cubría los pies de las palmeras y se extendía por unos jardines llenos de fuentes y arriates con flores. La gente caminaba tranquila y despreocupada por las calles, y el reflejo del sol se multiplicaba miles de veces sobre las fachadas de espejo de gigantescos edificios. ¿Y ella, a solo un paso de todo esto? ¿Es que nadie la veía? ¿Nadie se preocupaba por los del otro lado?

Reparó en un pequeño detalle: en la cima de las moles de acero y vidrio ondeaban banderas, banderas que no eran la seya; banderas con barras y estrellas. La esperanza de su familia cerró los ojos y comprendió: extranjeros. Invadieron su país ... y se lo quedaron todo.

Acurrucada en torno al muro, junto a una mata de espinos, se derrumbó.

De sus labios agrietados del color de la arena aun pudo salir débil una palabra: LÁSTIMA.

Unos días más tarde, en la ciudad se comentaba:

_ Oye, que triste lo de la niña del muro, tú - decían -. Más de siete días sin agua en el desierto. La chica era dura...

_ Sí, que ... lástima - respondía la gente.

FÉLIX DOMÍNGUEZ VÁZQUEZ

14 años, Huelva